

ESTUDIOS ECLESIASTICOS

REVISTA TRIMESTRAL

ENERO-ABRIL 1934 T. 13 — FASC. 1-2

COLECTANEA BIBLICA

I

TOPOGRAFIA PALESTINENSE

POR

Profesor en el Pontificio Instituto Bíblico

Con el título de “COLECTANEA BIBLICA” se ha comenzado la publicación de un comentario completo a todos y cada uno de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, a más de diferentes monografías referentes en una u otra manera a la Sagrada Escritura.

Dirige esta serie de publicaciones, que patrocina “BIBLIOTECA DE ESTUDIOS ECLESIASTICOS”, el redactor de esta revista R. P. Andrés Fernández, profesor que fué de Sagrada Escritura y Rector del Pontificio Instituto Bíblico de Roma y actualmente dedicado a estudios de investigación sobre el propio territorio palestinese. Colaboran en esta magna empresa profesores de Sagrada Escritura del clero secular y de varias Ordenes religiosas.

“PROBLEMAS DE TOPOGRAFIA PALESTINENSE” es el título del primer volumen de esta serie, que se ha entregado ya a la imprenta y saldrá en breve. De esta obra adelantamos en el presente número un capítulo, por el que se podrán hacer cargo los lectores del carácter científico que tendrá “COLECTANEA BIBLICA”. Pueden verse más pormenores en el anuncio que se publica en la sección correspondiente.—LA REDACCIÓN.

PROBLEMAS DE TOPOGRAFIA PALESTINENSE

JERUSALÉN

JERUSALÉN, ¿ERA DE PERTENENCIA DE JUDÁ O DE BENJAMÍN?

Dos series hay de textos relativos a este punto que parecen contradecirse entre sí. Jos. 15,8 y 18,16 colocan manifiestamente Jerusalén en el territorio de Benjamín (1), y 18,28 lo dice en términos explícitos. Otros, por el contrario, diríase que la atribuyen a Judá, o de todos modos parecen suponer que pertenecía a dicha tribu. Así, en Jos. 15,63 observa el autor que "los *hijos de Judá* no pudieron acabar con el Jebuseo que habitaba Jerusalén, y en consecuencia habitó el Jebuseo con los hijos de Judá en Jerusalén"; y en Jud. 1,8 se narra que los mismos hijos de Judá fueron a combatir contra Jerusalén (2). Si Jerusalén caía dentro del territorio de Benjamín, es ciertamente extraño que sea la tribu de Judá la que toma por su cuenta la conquista de la ciudad: tal incumbencia, que era también derecho, tocaba a los benjamitas (3). Como se ve, la dificultad no puede calificarse de imaginaria.

Una solución fácil consiste en decir que Jerusalén pertenecía por mitad a ambas tribus (4): que el límite (Jos. 15,8; 18,16) subía por el Tyropoeon, dejando la Sión cananea, en el Ofel, para Benjamín, y la colina occidental, que también estaría en algún modo habitada, para Judá. Es natural que esta tribu fuera a conquistar la parte que

(1) Véase la discusión de dichos textos más abajo, p. 54 ss.

(2) Prescindimos aquí de la cuestión tan debatida si la ciudad cayó o no en manos de los israelitas. Nosotros creemos que sí, pero que la ocupación fué meramente pasajera.

(3) En Jud. 1,21 se dice que los benjamitas no acabaron con el Jebuseo, que habitaba en Jerusalén; lo cual supone que también ellos quisieron apoderarse de la ciudad. Pero como muchos intérpretes cambian el nombre de *Benjamín* por el de *Judá*, renunciamos a servirnos de ese texto.

(4) Es la que daba ya BIRCH en *Q. St.* 1878, 179.

le tocaba; y al mismo tiempo es perfectamente exacto el decir que Jerusalén se contaba entre las ciudades de Benjamín (18,28).

Sin duda que esta hipótesis no deja de ser tentadora, pues armoniza tan sin dificultad los varios pasajes bíblicos; pero no podemos aceptarla. El límite, a nuestro juicio, no pasaba por el Tyropoeon, sino por Wady er-Rababy (1).

Los críticos acatólicos suelen apelar por lo común a la distinción de documentos: Jos. 15,8; 18,16. 28 se atribuyen a P; 15,63 a JE, o bien a un redactor de P inspirado en J; Jud. 1,8 a J o a un redactor del mismo; y se admite verdadera contradicción entre los diversos documentos. Así, p. ej.: Steuernagel; Kautzsch, Holzinger, Conder (2), G. Adam Smith (3), etc.

Dalman trata de propósito este punto (4) y da a la exposición mayor desenvolvimiento y un carácter más estrictamente científico. A su juicio, Jos. 15,63 y Jud. 1,8 prueban que Jerusalén pertenecía a Judá. A la vuelta del destierro la ciudad estuvo habitada por judíos y benjamitas, y éstos en mayor número (Neh. 11,4-8). El autor de P creyó que lo mismo pasaba antiguamente en la época preexílica; y pues los benjamitas eran en Jerusalén más numerosos, concluyó de ahí que a su tribu pertenecía de derecho la ciudad, y así lo consignó en Jos. 15,8; 18,16. 28. Otros motivos además pudo tener el autor. Tal vez fuera éste, dice Dalm., un benjamita entusiasta por su tribu, para la cual quiso reivindicar el derecho sobre Jerusalén. Pero la verdadera razón, según el mismo Dalman, la más eficaz, en otra parte se ha de buscar: en la bendición de Benjamín, Deut. 33,12 (5). Las palabras de Moisés entendiolas el autor en el sentido de que Dios concedería a la tribu de Benjamín el privilegio de una presencia especial; y como esta presencia se realizaba en Jerusalén, sacó la consecuencia el hagiógrafo que a Benjamín pertenecía la ciudad (l. c., p. 110 s.).

Esta explicación parecenos que está muy traída por los cabellos.

(1) Cf. *El valle de Benhinnom*, p. 56 ss.

(2) *Dict. of the Bible* 2,586.

(3) *Encyclopaedia Bíblica* 2,2416.

(4) *Die Stammeszugehörigkeit der Stadt Jerusalem und des Tempels*, en *Beihefte z. ZATW* 33 (1918) 107-120.

(5) "Bien amado de Yahvé
Habitará confiado junto a él.
El le protege continuamente
Y entre sus espaldas habita".

Que Jerusalén perteneciese a tal o cual tribu era un hecho de tal naturaleza, que nadie lo podía ignorar. No se trataba de un villorrio desconocido, sino de la capital misma de la nación, de la ciudad en la cual tenían puestos los ojos todos los hijos de Israel. Ahora bien, si, desde la ocupación misma de Canaán, Jerusalén era de la tribu de Judá, y esta posesión, perfectamente legítima, se había mantenido a través de los siglos, y esto sin protesta de nadie, y por consiguiente reconociendo todas las tribus el derecho de Judá, ¿cómo es posible que un autor, cualquiera que fuese, tuviera la audacia de ponerse en frente de toda la tradición, de contradecir abiertamente una creencia tan arraigada, y esto por un texto oscuro (1), dándole una interpretación en que nadie antes había soñado? (2). Y nótese que estaban allí los hijos de Judá, que no habían de tolerar se arrancara a su tribu un privilegio hasta entonces reconocido. Ni se diga que con el destierro se había perdido la tradición. Ahí están en Esdras y Nehemías las largas genealogías, que muestran cuando menos el cuidado de asegurar el contacto de las generaciones postexílicas con los tiempos anteriores al destierro. Por esto creemos que la hipótesis de Dalman crea un problema más difícil que el que trata de resolver.

Como se ve, en lo que llevamos dicho, nos hemos colocado en el terreno mismo de los críticos, para mostrar que su teoría aun en ese terreno no resiste un serio examen. Pero ese terreno, es decir, el fundamento de la crítica literaria, dista mucho de ser sólido. Que Jos. 15 y 18 sean obra de un escritor postexílico es cosa que los críticos acatólicos afirman; pero esta aserción supone como bien asentada toda la crítica negativa del Pentateuco. Si viene a faltar ésta cae por su misma base aquella aserción, y por consiguiente la hipótesis que forzosamente la supone.

¿Qué solución ofrecer, pues, del problema? Creemos posible dar con un elemento que armonice los pasajes al parecer contradictorios. Este elemento parécenos estar en la distinción entre ocupación de hecho y ocupación de derecho.

(1) Unos intérpretes (Hummelauer) no descubren en él otra cosa que una protección especial de Dios; otros (König) ven una alusión al santuario de Betel—y ésta es la interpretación más común—; finalmente, no faltan quienes (Driver) crean que se trata del templo de Jerusalén. Es claro que, según esta última interpretación, el pasaje constituiría una prueba en favor de la pertenencia de Jerusalén a Benjamín.

(2) Por lo menos ningún vestigio se halla en el Antiguo Testamento.

le tocaba; y al mismo tiempo es perfectamente exacto el decir que Jerusalén se contaba entre las ciudades de Benjamín (18,28).

Sin duda que esta hipótesis no deja de ser tentadora, pues armoniza tan sin dificultad los varios pasajes bíblicos; pero no podemos aceptarla. El límite, a nuestro juicio, no pasaba por el Tyropoeon, sino por Wady er-Rababy (1).

Los críticos acatólicos suelen apelar por lo común a la distinción de documentos: Jos. 15,8; 18,16. 28 se atribuyen a P; 15,63 a JE, o bien a un redactor de P inspirado en J; Jud. 1,8 a J o a un redactor del mismo; y se admite verdadera contradicción entre los diversos documentos. Así, p. ej.: Steuernagel; Kautzsch, Holzinger, Conder (2), G. Adam Smith (3), etc.

Dalman trata de propósito este punto (4) y da a la exposición mayor desenvolvimiento y un carácter más estrictamente científico. A su juicio, Jos. 15,63 y Jud. 1,8 prueban que Jerusalén pertenecía a Judá. A la vuelta del destierro la ciudad estuvo habitada por judíos y benjamitas, y éstos en mayor número (Neh. 11,4-8). El autor de P creyó que lo mismo pasaba antiguamente en la época preexílica; y pues los benjamitas eran en Jerusalén más numerosos, concluyó de ahí que a su tribu pertenecía de derecho la ciudad, y así lo consignó en Jos. 15,8; 18,16. 28. Otros motivos además pudo tener el autor. Tal vez fuera éste, dice Dalm., un benjamita entusiasta por su tribu, para la cual quiso reivindicar el derecho sobre Jerusalén. Pero la verdadera razón, según el mismo Dalman, la más eficaz, en otra parte se ha de buscar: en la bendición de Benjamín, Deut. 33,12 (5). Las palabras de Moisés entendiolas el autor en el sentido de que Dios concedería a la tribu de Benjamín el privilegio de una presencia especial; y como esta presencia se realizaba en Jerusalén, sacó la consecuencia el hagiógrafo que a Benjamín pertenecía la ciudad (l. c., p. 110 s.).

Esta explicación parécenos que está muy traída por los cabellos.

(1) Cf. *El valle de Benhinom*, p. 56 ss.

(2) *Dict. of the Bible* 2,586.

(3) *Encyclopaedia Biblica* 2,2416.

(4) *Die Stammeszugehörigkeit der Stadt Jerusalem und des Tempels*, en *Beihefte z. ZATW* 33 (1918) 107-120.

(5) "Bien amado de Yahvé
Habitará confiado junto a él.
El le protege continuamente
Y entre sus espaldas habita".

lo mismo aconteciera al tiempo de la monarquía (1), dada la posición de la ciudad. Decir con Dalman (l. c. p. 107) que el autor de 1 Par., mencionando esta convivencia, supone en 8,28.32 y 9,6.9 que ambas tribus tenían derecho a habitar en Jerusalén, es quizá ir más allá de lo que autoriza el texto, pues bien puede ser que el cronista se limite a hacer constar simplemente el hecho. Pero de todas maneras ello es cierto que no se refiere a un derecho fundado en la pertenencia territorial, pues que en 9,3 afirma el mismo autor que la ciudad estaba asimismo habitada por hijos de Efraín y de Manasés.

Se concibe perfectamente que tanto los de Judá como los de Benjamín se creyeran con derecho especial a habitar en Jerusalén; éstos por caer la ciudad dentro de su territorio, aquéllos por ser de su propia tribu los monarcas que reinaban en Jerusalén.

Así, pues, teniendo en cuenta las circunstancias históricas y el resultado a que éstas forzosamente habían de llevar, se armonizan, sin necesidad de acudir a la distinción de documentos, ni a hipótesis meramente arbitrarias, los datos bíblicos, que, mirados de un modo superficial, pudieran parecer contradictorios.

DESENVOLVIMIENTO DE LOS MUROS DE JERUSALÉN

Numerosas y variadísimas son las teorías que se han propuesto; tales que sólo enumerarlas pudiera engendrar confusión. Por esto las dejamos para el fin, a manera de apéndice. Aquí, sin detenernos mucho en refutar a los demás, expondremos las interpretaciones y daremos la conclusión que nosotros consideramos como más probable.

Josefo, en un pasaje de todos bien conocido, habla de tres muros de Jerusalén, que llama primero, segundo y tercero:

(1) DALMAN (l. c. p. 107) da por supuesto que a esta época se refiere 1 Par. 9,3-9. Los intérpretes no andan acordes en este punto: hay quienes piensan que el pasaje es paralelo a Neh. 11,4-8; cf. HUM. 1 *Paralipomenon*; CURTIS, *The Books of Chronicles*; BOTHSTEIN, *Das erste Buch der Chronik*. La frase del v. 2 "Los primeros que habitaron" la entienden unos de los primeros después de la ocupación (de Canaán); otros de los primeros después de la restauración. Dado que el pasaje tenga que interpretarse de los tiempos preexílicos—y ésta parece ser la interpretación más natural—, bien puede tomarse como expresión de la realidad objetiva, y no como una arbitraria aplicación que hace el hagiógrafo de las condiciones existentes después del destierro a los tiempos de la monarquía.

“Con tres muros estaba fortificada la ciudad de Jerusalén donde no la rodeaban profundos valles, pues en estos otros sitios no tenía sino un solo muro... De los tres muros el más antiguo era inexpugnable, por causa tanto de los valles como de la altura de la colina, sobre la que estaba fabricado. Además de la ventaja del lugar mismo, había sido construído sólidamente, siendo así que David, Salomón y los otros monarcas habían mostrado grande interés por esta obra. Arrancando, por el lado Norte, de la torre llamada Híppicos, y extendiéndose hasta el Xystos, iba a juntarse luego a la sala del Consejo, y terminaba en el pórtico occidental del templo. Del otro lado, hacia el Occidente, arrancando del mismo sitio, se extendía a través (1) del lugar llamado Betso hasta la puerta de los Esenios; y luego, del lado Sur torcía sobre (2) la piscina de Siloe; y desde allí, de nuevo inclinándose, del lado oriental (3), hacia la piscina de Salomón, llegaba a un cierto lugar denominado Oflas, y se juntaba al pórtico oriental del templo.

El segundo muro arrancaba de la puerta que llaman Gennat, perteneciente al primer muro: abarcando únicamente la región septentrional se extendía hasta la Antonia.

El tercero tenía su principio en la torre Híppicos, de donde se extendía hacia la región septentrional hasta la torre de Psefinos; continuaba luego frente al monumento de Elena, reina de Adiabene, hija del rey Izates; y prolongándose por (4) las cavernas reales se incli-

(1) O. bien *por*, *δια*.

(2) Acerca de las varias maneras como puede traducirse y de hecho se traduce *υπερ* (*por, del lado superior, más allá de*) cf. más adelante, p. 35. Nosotros damos de propósito una versión algo vaga.

(3) BLISS (*Excavations*, p. 303) vierte: “hacia el Este” (“towards the east at Salomon’s Pool”. Tal versión nos parece incorrecta. Es cierto que el *προς νοτον*; que inmediatamente precede, ha de traducirse “del lado Sur”, y así lo hace el mismo Bliss (“it went facing the south”); es, pues, natural que de igual manera se vierta *προς ανατολην*. El texto, por tanto, no dice que “en la piscina de Salomón el muro fuese hacia el Este”, sino que “del lado Este el muro tuerce hacia la piscina de Salomón”. Los Prof. Sukenik y Mayer en *The Third Wall of Jerusalem*, p. 52 s. vierten *προς νοτον* *southward* y *προς ανατολην* *towards the east*. En ambos casos se indica, a nuestro juicio, no *hacia dónde* se dirigía el muro, sino *de qué lado* corría.

(4) La versión de la partícula *δια* *por a través de, a lo largo de* prejuzga en algún modo la cuestión sobre el trazado del tercer muro; por eso damos una versión de índole más general. Véase más adelante, p. 38 s.

naba hacia la torre del ángulo (1) junto al monumento dicho del Batanero, y juntándose al cerco (2) antiguo terminaba en el valle llamado Cedrón" (BJ V 4,2).

El muro antiguo lo atribuye Josefo a David, Salomón y sus sucesores; el tercero, a Herodes Agripa I. El primero abraza no sólo la colina oriental, sino también la occidental; el segundo corría desde el sitio donde estuvo más tarde el palacio de Herodes el Grande hasta la torre Antonia; el tercero encerraba todo el nuevo barrio de Bezeta.

¿Cuándo en realidad fueron construídos estos muros? ¿Qué dirección precisa seguían? He aquí el doble problema.

Veamos qué dan de sí los textos y la arqueología.

DAVID (2 Sam. 5,9; = 1 Par. 11,8).

Sólo en estos dos pasajes, que por lo demás son paralelos, se habla de la actividad que diríamos edificación de David.

"Habitó David en la fortaleza, y la llamó ciudad de David. Y construyó David alrededor, desde el Mil-lo y al interior" (2 Sam.).

"Habitó David en la fortaleza; y por esto se la llamó ciudad de David. Y construyó la ciudad alrededor, desde el Mil-lo hasta los alrededores (!?). Y Joab reconstruyó lo restante de la ciudad" (1 Par.).

Que David construyó, reparó o fortificó la ciudad no cabe duda; lo dicen claramente los textos. Precisar empero en qué consistió su obra es difícil, por no decir imposible. Por de pronto una cosa hay cierta, y es que su actividad se ejerció en la fortaleza de Sión (3), que el autor identifica con la ciudad de David. A ésta se refiere sin duda el verbo *banah* en Sam.; y en Par. se dice esto explícitamente, como que la ciudad, de que se habla en el v. 8, es, claro está, la misma que se ha mencionado en el v. precedente.

Cuanto a los pormenores reina grande incertidumbre. Sabemos que los trabajos de David fueron *alrededor* de la ciudad. ¿Se trata de habitaciones, o de nuevos muros, o más bien de reparación y fortificación de los antiguos? La voz *מִסְבִּיב* o *מִסְבִּיב* armoniza con cualquiera de las tres hipótesis: nosotros excluimos como menos probable la primera. En efecto, tratándose de la *fortaleza* de Sión, es na-

(1) Quizá pueda traducirse también: "en la torre del ángulo, hacia el monumento de..."

(2) τῷ δ' ἀρχαίῳ περιβολῷ. De propósito evitamos aquí la voz *muro*.

(3) Nosotros damos por supuesto que ésta se hallaba en la colina oriental.

tural que los trabajos que en ella se hacen sean ordenados a la defensa. Además David no debió de tener interés, apenas tomada la ciudad, en levantar nuevas casas, pero sí en poner la ciudad en estado conveniente para prevenir un golpe de mano de los indígenas, que sin duda se quedarían en la región (1). Finalmente, la misma palabra *alrededor* parece indicar en alguna manera los muros que rodean la ciudad. Otra razón puede añadirse tomada del mismo texto. En Par. se dice que Joab hizo revivir (restauró) lo restante de la ciudad. Se establece un contraste entre lo que hizo David y lo que hizo Joab: además el verbo usado para este último es distinto del empleado para David. ¿No cabe tomar esto como un indicio de que, mientras que David trabajó en los muros, Joab se ocupó de lo demás, esto es, de las habitaciones de la ciudad? Por otra parte hemos de reconocer que la frase puede absolutamente interpretarse de lo restante, o sea, de una parte de los muros. Y esta consideración nos lleva a estudiar otro pormenor singularmente oscuro.

Afirmase tanto en *Sam.* como en *Par.* que David construyó desde el Mil-lo. Por de pronto se ignora dónde se hallaba precisamente ese sitio (2). Sólo sabemos que era punto de arranque de los trabajos de David. Del *terminus ad quem*, es decir, del punto hasta donde éstos llegaron nada se especifica en *Sam.* En *Par.* sí se da; pero el texto debe de estar corrompido, pues el **ועד הסביב** *hasta los alrededores* no da sentido plausible. De todos modos la frase indica movimiento de un punto a otro, lo cual concuerda perfectamente con la hipótesis de un trabajo a lo largo del muro.

Pero ¿se trata de un muro nuevo, o más bien de reparación o fortificación del Antiguo? El texto no es claro, y difícilmente cabe dar respuesta decisiva. Nosotros nos inclinamos a lo segundo. El **ביתה** lo referimos no a las habitaciones dentro del muro, sino al muro mismo, pues, conforme a lo dicho arriba, en este trabajo David: lo interpretamos por consiguiente *al interior del muro*. Ahora bien, esto

(1) En 2 Sam. 24,16 se habla de Arauna (1 Par. 21,15 Ornan) el *jebuseo*; y claro que no se habría quedado él solo de la antigua población.

(2) Si no existía aun al tiempo de David, el autor puede designar sencillamente el lugar ocupado más tarde por el Mil-lo. Pero es posible que existiera ya; y Salomón no hizo sino rehacerlo (3 Reg. 9,24). Sobre la naturaleza del Mil-lo, que a pesar de tanto como se ha escrito queda aún muy oscura, cf. VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 172-187. Sobre el Mil-lo de Siquén cf. NAGLE, *JPOS* 12 (1932) 160 s.

se explica mucho mejor en la hipótesis de reparación del muro ya existente: David lo reparó por fuera y por dentro, y tal vez lo reforzó con contrafuertes por los dos lados, así externo como interno.

De atenernos a los textos aducidos hemos de convenir que la actividad de David se limitó a la colina oriental; que no encerró dentro de murallas la occidental. Y es probable que en los principios de su reinado no sintió la necesidad de hacerlo; bastándole tener bien defendida la ciudad de David, cosa relativamente fácil. Las guerras por otra parte ocuparon un largo período de su vida. Concluimos, pues, que con suma probabilidad el primer muro de Josefo no remonta al rey David.

SALOMÓN (3 Reg. 3,1; 9,15; cf. 9,24 [= 2 Par. 8,11]; 11,27).

“La introdujo (a la hija de Faraón) en la ciudad de David hasta tanto que acabara de edificar su casa, y la casa de Iahvé, y *el muro de Jerusalén alrededor*” (3,1).

“... para edificar Salomón la casa de Iahvé, y su casa, y el Mil-lo, y *el muro de Jerusalén*” (9,15).

Los textos son claros, pero indefinidos. Jerusalén aquí es ciertamente distinta de la *ciudad de David*, la cual es considerada como parte de aquélla. El palacio de la hija de Faraón está sin duda en Jerusalén, y a dicho palacio es trasladada desde la ciudad de David. Salomón ensanchó la ciudad por el lado Norte. El muro por tanto que construyó encerraba la parte nueva, y en consecuencia se extendía más allá de los antiguos muros de la fortaleza de Sión.

Pero ¿se extendía también al Oeste dicho muro, abrazando la colina occidental? Fuerza es reconocer que los textos, tomados escuetamente y prescindiendo de toda otra consideración, no nos autorizan a afirmarlo. Todo depende de la extensión que se dé a la ciudad que Salomón quiso amurallar; pero esto cabalmente no lo dice el nombre *Jerusalén*, que lo mismo cabe aplicarlo a una sola colina que a ambas juntas. Por una parte es cierto que la construcción del muro se menciona junto con los edificios levantados al Norte de la colina Oriental, y diríase que precisamente con el fin de protegerle; por otra, empero, hemos de reconocer que el contraste que el autor sagrado parece establecer entre Jerusalén y la ciudad de David; resalta mejor en la segunda hipótesis (1).

(1) Esta más amplia interpretación del nombre *Jerusalén* en el sentido de que abarca la colina occidental es sostenida por no pocos autores; cf. p. 31 s. No discutimos aquí el texto de 3 Reg. 11,23 “Salomón cerró la brecha de

JOAS, rey de Israel, que empezó a reinar por los años de 804, después de vencido Amasías, rey de Judá, subió a Jerusalén, “e hizo brecha en el muro de Jerusalén, en la puerta (según algunos mss. y Par., desde la puerta) de Efraín hasta la puerta del ángulo (הַפֶּנֶה); cuatrocientos codos” (de 200 a 180 m.); 4 Reg. 14,13; 2 Par. 25,23.

La puerta de Efraín es sin duda aquella por donde se salía para ir a Efraín—como se dice ahora la puerta de Jafa, de Damasco—y por consiguiente estaría hacia el Norte o Noroeste de la ciudad. La puerta del ángulo se nombra en Jer. 31,37: “Días vendrán en que será reedificada la ciudad desde la torre de Hananel hasta la puerta del ángulo”. Es de suponer que esta puerta se hallaba en un recodo del muro.

Estos textos nos dan luz para conocer qué puertas, con el respectivo muro intermedio, existían, quizá ya de mucho tiempo, antes de Amasías; pero poco nos ayuda para precisar la dirección de los muros. La puerta de Efraín pudo muy bien hallarse hacia el extremo Noroeste del Ofel, por donde se salía para Efraín; y la del ángulo en la vuelta que daba el muro del Sur del mismo Ofel, en el punto donde torcía al Este para remontar luego al borde del Cedrón. Y con la misma probabilidad podría buscarse la primera, o sea la puerta de Efraín, en la mitad del muro, que al tiempo de Josefo corría de la explanada del templo al palacio de Herodes; y la segunda junto al ángulo que en este punto formaba el muro al tomar la dirección meridional. En este segundo caso la colina occidental estaba ya ceñida de murallas; en el primero éstas se limitaban aún a la colina oriental.

OZÍAS construyó torres en Jerusalén, sobre la puerta del ángulo, y sobre la puerta del valle, y sobre el recodo; y las fortificó (2 Par. 26,9).

Por *valle* (הַנֵּי) queda excluido el Cedrón (נַחַל), pero puede entenderse tanto Wady er-Rababy como Tyropoeon. En la primera interpretación el muro ceñía la colina occidental; en la segunda pudo limitarse al Ofel. El recodo del muro es indicación sobrado vaga para que podamos sacar ninguna conclusión.

EZEQUÍAS “construyó todo el muro que estaba arruinado, y levan-

la ciudad de David su padre”, por ser evidente que se refieren estas palabras exclusivamente a la colina oriental. Puede verse PEF *Annual* 4 (1926) 64 s., 80 ss., donde se describe lo que se cree fué la brecha reparada por Salomón.

tó encima del mismo (1) torres, y por la parte de fuera *otro muro*" (2 Par. 32,5; cf. 4 Reg. 20,20).

Tres cosas, entre otras, llevó a cabo Ezequías: reparó el muro ya existente, de cuyo muro no se da indicación alguna; encima levantó torres; construyó otro—un nuevo—muro, y éste por la parte de fuera (לחוצה) sin duda, del antiguo muro; es decir, que no era continuación de éste, sino algo añadido del lado exterior. Absolutamente podría entenderse la frase de un muro independiente del antiguo que abarcase un nuevo espacio de terreno, p. ej., toda la colina occidental. Pero la impresión que da el texto es más bien que se trata de un muro parcial levantado con relación al antiguo muro y para protegerlo o reforzarlo (2). En realidad parece que su actividad se ejerció en el Ofel, pues se habla de la fortificación del Mil-lo, de la ciudad de David y del túnel en la misma colina oriental (4 Reg. 20,20).

MANASÉS "construyó un muro exterior (חיצונית) a la ciudad de David, al occidente de Gihon, en el valle, hasta la puerta del pescado, corriendo alrededor del Ofel; y alzólo a gran altura" (2 Par. 33,14).

Se trata evidentemente de un nuevo muro, fuera de la ciudad de David, pero cerca de la misma. El valle es el Cedrón, pues se usa la voz נחל, que no se aplica ni a Wady er-Rababy ni al Tyropoeon. No corría, pues, el muro al Occidente de la ciudad de David, sino al Oriente; y como por otra parte estaba al Occidente de Gihón, venía a hallarse entre esta fuente y la ciudad (3). La dirección era de Sur a Norte, y debió de ceñir una buena parte del Ofel. La puerta del pescado, en efecto, suele colocarse muy al Norte. No se descubre en el texto alusión a la colina occidental (4).

Mayor luz sobre el problema que estamos discutiendo nos da el libro de NEHEMÍAS. Bien que tres pasajes (la excursión nocturna del

(1) Léase ויעל עליה

(2) Algunos ven indicado este muro en Is. 22,11 "estanque de agua entre los dos muros", y en 4 Reg. 25,4 "puerta entre los dos muros". Uno de éstos sería el levantado por Ezequías al extremo inferior del Tyropoeon, junto a la piscina de Siloe. Otros creen que fué el llamado *segundo muro de Josefo*. Cf. BLISS, *Excavations*, p. 327.

(3) GUTHIE, *DZPI* 5 (1882) 294, da una diversa interpretación. El P. SÉJOURNÉ (*RB* 1895, 45) piensa que se trata de uno de "los muros", cf. nota anterior.

(4) Sin embargo, no pocos autores lo interpretan del *segundo muro de Josefo*.

mismo Nehemías, 2,11-15; la restauración de los muros, c. 3; la ceremonia de su dedicación, 12,27-39) se relacionan con las murallas, nosotros nos ceñiremos al estudio—algo detenido—del segundo, que es para nuestro propósito el más importante.

Empezando por el lado Nordeste de la ciudad se menciona la puerta del ganado (3,1) y la del pescado (v. 3), y entre una y otra las dos torres de Mea y de Hananeel (v. 1); la puerta vieja (v. 6) y la del valle (v. 13), y entre ambas la torre de los hornos (v. 11); la puerta del estercolero (v. 14) y la de la fuente (v. 15), que se hallaba en las inmediaciones de la piscina de Siloe (1).

Esta serie de puertas con sus torres intermedias da la impresión que se trata de un muro de bastante longitud. Si éste abrazaba la colina occidental, es cierto que aquéllas pueden colocarse en forma muy conveniente. Al contrario, la distancia en línea casi recta entre el ángulo Noroeste de la explanada del templo y la piscina de Siloe parece harto corta para que hubiese allí no menos de cinco puertas con los intervalos que supone la existencia de las varias torres (2). Pero como quiera que esto fuere, ello es cierto que la limitación de la ciudad a la colina oriental no se armoniza con ciertas frases claras e inequívocas de Nehemías. “La fábrica, decía éste (4,13), es grande y de mucha extensión, y nosotros andamos dispersos sobre el muro, lejanos unos de otros”. Quien mire el Ofel de un punto cualquiera de los montes circunstantes no se explicará fácilmente que Nehemías pudiera expresarse en tales términos refiriéndose a la pequeña colina oriental; sobre todo teniendo en cuenta numerosos grupos que estaban trabajando (3), descritos minuciosamente en el capítulo 3. Y en 7,4 se advierte que “la ciudad era espaciosa y grande, pero que la población era exigua, ni se habían construído casas”. Estas palabras indican que quien se colocaba en medio de la ciudad veía en torno a sí extensiones de terreno baldío con un pequeño número de casas esparcidas acá y acullá. Por escasa que se suponga la población de Jeru-

(1) Las puertas que siguen (de las aguas, de los caballos, oriental, de la guardia) estaban al Oriente del Ofel y de la explanada del templo, y no nos interesan por ahora.

(2) En este punto se expresa más resueltamente el R. P. VINCENT: “Outre l'impossibilité d' y faire tenir [en la sola colina oriental] en convenable posture toutes les désignations locales du texte, même en multipliant les synonymes hypothétiques...” (RB 1904, 74).

(3) “Les travailleurs furent nombreux” (GERMER-DURAND, *Topographie de l'ancienne Jérusalem*, p. 6). Véase más abajo p. 30 s.

salén, tal estado de cosas difícilmente se concibe si se trata de la sola colina oriental. Una simple ojeada es más que suficiente para darse cuenta de cuán pocas casas se necesitan para dar a ese espacio de unos 500 m. de longitud con menos de 200 m. de anchura (1) el aspecto de sitio convenientemente habitado y no medio desierto. Los adjetivos *grande* y *espaciosa* tienen su plena significación si el muro comprendía la colina occidental: en caso de abrazar únicamente la oriental, fuerza es reconocer que se emplean en sentido de todo punto impropio (2).

Se objeta, es verdad, el corto espacio de tiempo que fué suficiente para reconstruir los muros (3): si éstos circundaban la colina occidental era imposible, se dice, cumplir tal obra en sólo 52 días (6,15). Por de pronto téngase presente que no se trataba de reconstrucción propiamente dicha, sino de *restauración*. Ciertamente, se dice en 4 Reg. 25,10 que el ejército caldeo destruyó los muros de Jerusalén todo alrededor; pero nadie pretenderá que el Nabuzardan (v. 8) se entretuviera en arrasarlos hasta el suelo; más bien, como justamente nota Sanda (4), abriría varias brechas, y lo restante lo deterioraría de tal suerte

(1) Según el diseño de WEILL (*La Cité de David*, p. 7), desde la extremidad Sur hasta el muro actual de Haram es-Serif se cuenta exactamente 600 m. Cuanto a la anchura, dice el mismo autor (*ibid.*, p. 8) que la plataforma superior no tenía sino unos 100 m. Y es de notar que la colina, corriendo hacia el Sur, en varios puntos se estrecha sensiblemente. La descripción del Ofel puede verse en el mismo Weill, l. c., y en VINCENT, *Jérus. Antique*, p. 190 s.

(2) Parécenos del todo justa la observación que, refiriéndose a las indicaciones mencionadas, hace el R. P. Vincent: "Pour large qu'on veuille faire la part de l'amplification littéraire—qui semble au surplus très peu le genre des *Mémoires de Néhémie*—on conviendra que ces traits sont en désaccord radical avec toute tentative de circonscrire les travaux autour de la colline du Temple et de son prolongement méridional" (RB 1904, 74).

(3) "Il faut avouer qu'un mur de ville relevé aussi vite ne pouvait pas être très étendu". Así, entre otros, el R. P. GERMER-DURAND (*Topographie de l'Anc. Jérus.*, p. 6).

(4) "Die Mauer wurde natürlich nicht dem Erdboden gleichgemacht, sondern man schlug einzelne Breschen und entstellte den Rest" (*Die Bücher der Könige, in loc.*). Y de que realmente fué así tenemos un indicio en Neh. 4,1, donde se dice que se cerraban las aberturas o brechas (הַבְּרִצִּים) y la misma raíz se usa en 1,3. cf. además 4 Reg. 14,13; 2 Par. 32,5. "Après le passage des Assyriens (4 Reg. 25) la ville était demeurée démantelée; rien n'indique toutefois que les fortifications aient été systématiquement rasées jusqu'au sol" (VINCENT, l. c. p. 73).

que la ciudad no estuviera ya en estado de defensa. Gran parte por consiguiente de las antiguas fortificaciones se quedarían en pie, si bien naturalmente en estado más o menos ruinoso. Hay quien cree (1), y no sin fundamento, que las torres Mea y Hananeel (Neh. 3,1) no fueron destruidas, puesto que no se habla de su reconstrucción. Otra circunstancia además debe tenerse presente: la restauración hecha por Nehemías no parece haberse distinguido por su solidez (2). Se rellenarían las brechas, y se llevarían a la debida altura las partes del muro que habían sido destrozadas; y todo esto aprisa y corriendo, y ciertamente con bien poco arte. Esta es la impresión que da la simple lectura del relato, hostigados como estaban los trabajadores por los samaritanos (4,1 ss.) y por esto se daban prisa a terminar la obra comenzada, temiendo siempre que de un momento a otro pudiera ser interrumpida. Lo mismo se refleja más claramente aún en las palabras de Tobías el ammonita, quien burlándose decía: “¡Dejadlos que edifiquen! Con sólo que suba una zorra, hará brecha en su muro hecho con tales piedras” (3,35). Es evidente que por exagerado que se considere el sarcasmo, algo de verdad debía de haber en él. Si el muro ofrecía un aspecto de solidez y resistencia, no es probable que Tobías aun chanceándose hablase en tales términos. Sin duda debían de estar las piedras puestas con poca firmeza y un tanto a la ligera, y esto dió pie a la mofa de Tobías.

Si se tienen presentes estas circunstancias; y además que el pueblo había tomado a pechos la empresa (3,38), y por consiguiente trabajaba con ardor, no hay dificultad en que en el espacio de 52 días fuese restaurado el muro aun en la hipótesis de que abrazara la colina occidental.

JUDAS MACABEO.—“Por aquellos tiempos construyeron alrededor del monte Sión muros altos y torres fuertes, para que no viniesen los gentiles a conculcar los lugares santos, como antes habían hecho” (1 Mach. 4,60).

Judas se limitó a fortificar el monte del templo. Que éste debe entenderse aquí por monte Sión se ve claro no sólo del contexto mismo, sino también por 4,37 s.

“JONATÁS fijó su residencia en Jerusalén, y comenzó a reedificar

(1) SCHICK, ZDPV 14 (1891) 45 s.

(2) El mismo P. GERMER-DURAND reconoce que “l'on dut mettre moins de soin à la taille des pierres et à leur pose qu'au temps de la prospérité” (l. c., p. 6).

y restaurar la ciudad. Y dijo a los trabajadores que reconstruyesen los muros, y el monte Sión todo alrededor con piedras cuadradas, para que quedase bien fortificado" (I Mach. 10, 10-11).

Se ve que los esfuerzos de Jonatás se dirigen principalmente a la fortificación del monte Sión, o sea, del templo. No aparece claro si esta fortificación es distinta de los muros de que se habla en el mismo v. 11, o si precisamente estos muros son los construídos con sillares en torno del monte. Alusión *explícita* a un muro que abracé la colina occidental no cabe afirmar que la haya. Sin embargo, que la actividad de Jonatás no se limitó al monte Sión parecen indicarlo las frases generales del v. 10, "comenzó a reedificar y restaurar la ciudad".

"Jonatás resolvió... elevar a mayor altura los muros de Jerusalén, y levantar un muy alto muro entre el Acra y la ciudad, para separarla de la misma ciudad, y se quedase aislada [el Acra], de suerte que no pudieran [los siros] comprar ni vender (cf. Jos. *Ant.* XIII 5,11). Reuniéronse para reedificar la ciudad; cayóse (1) parte del muro del torrente que está del lado oriental, y repararon la porción llamada Cafenatha" (2). (I Mach. 12,36 s.)

Dos cosas se propone Jonatás: dar mayor altura a las murallas para hacer más difícil la toma de Jerusalén; y además levantar un alto muro entre el Acra y la ciudad (3). Esto segundo no nos interesa ahora. Cuanto a lo primero es claro que no se trata de erigir nuevos muros, sino de realzar los ya existentes. En poniendo manos a la obra derrumbóse una parte del muro, cuyo sitio conocemos por las indicaciones topográficas del autor. El mismo nombre του γειμαρρου parece corresponder a גַּמְרוֹן, por consiguiente se refiere al torrente Cedrón. Además si el ἐξ ἀπληρωτου se refiere al *torrente*, difícilmente puede aplicarse al Tyropoeon, que se hallaba al Occidente al menos de una buena parte de la ciudad, esto es, de todo el Ofel: ha de entenderse por consiguiente el Cedrón, que con toda propiedad se halla

(1) Existe la lección γήγισε; pero ἐπεσεν es preferible.

(2) Sobre las variantes y la significación, muy problemática, de este nombre cf. ABEL, *RB* 1926, 219 s.

(3) La posición de dicho muro depende naturalmente del sitio donde se coloque el Acra. Nosotros la localizamos con Josefo (BJ V 4,1) hacia el extremo Noroeste del Ofel (cf. *RB* 1926, 522); por consiguiente, situamos el muro de Jonatás por debajo del ángulo Sudoeste de la explanada del templo. Dicho muro no constituía propiamente una defensa de la ciudad: su objeto era aislar los siros, que ocupaban la fortaleza, cortándoles todo comercio y haciéndoles de esta suerte la vida poco menos que imposible.

al Oriente. Y si se refiere al *muro*, es claro que no se aplica al que cerraba el lado occidental del Ofel. Suponer la existencia de un muro, que corriese a lo largo del borde occidental del Tyropoeon, y por ende del lado Este de la colina occidental, fuera suposición puramente arbitraria. Hay que convenir, pues, en que se trata de la muralla levantada en el extremo oriental del Ofel, dominando el torrente Cedrón, tal vez aquella misma entre Gihón y la ciudad de David, que había sido erigida por Manasés (2 Par. 33,14). Nada, pues, que se refiera a la defensa de la colina occidental.

SIMÓN "hizo juntar todos los hombres de guerra, y se dió prisa a terminar las murallas de Jerusalén, y la fortaleció por todos lados" (1 Mach. 13,10).

La indicación es de índole general, y nada en concreto es dado concluir. Es probable que se trata de una restauración, no de nuevos muros; tanto más cuanto que se procede con gran precipitación.

"El resto de las proezas de Juan, y sus guerras... y la reedificación de los muros..." (1 Mach. 16,23).

También aquí la expresión es vaga, sin dato particular alguno.

HERODES EL GRANDE.—Josefo (Ant. XV 9,3; BJ. I 21,1; V 4,3-4) se complace en describir largamente las construcciones de Herodes; pero no habla de ningún muro de la ciudad construido por dicho monarca (1). Sólo dice (BJ 21,1) que la explanada del templo, doble en extensión que la anterior, la circundó de una muralla.

En *Encyclopaedia Biblica* 2,2428 se dice que en *Ant.* XX 8,11 tenemos el primer indicio claro de que la colina occidental estaba amurallada. Y la razón es porque Josefo afirma que los Asmoneos habían construido un palacio que dominaba el templo, y que por tanto se hallaba en la pendiente del monte al Oeste del santuario. Pero la muralla no se dice quién la había levantado.

Los textos que acabamos de examinar cabe dividirlos en dos clases: los referentes a los Reyes y a los Macabeos, y los relativos a Nehemías. De estos últimos vimos que, si bien no hablaban explícitamente de la colina occidental, su tenor empero es tal que nos autoriza a concluir de los mismos, siquiera con una probabilidad, que la ciudad amurallada no se restringía ya por aquel entonces al solo Ofel. Cuanto a los primeros, hemos de convenir en que de ningún

(1) Por lo que hace el muro meridional, justamente observa el R. P. LAGRANGE: "Aucun témoignage ne nous dit qu' ils (los Herodes) aient fortifié la ville du côté du Sud" (RB. 1895, 91).

rey se afirma que amurallara la colina occidental; y ni siquiera es dado descubrir en dichos textos una referencia clara a tal línea de defensa. Se tiene en cierto modo la impresión que la actividad de los monarcas y más tarde de los Macabeos se concentró a la colina oriental. De Herodes ya hemos visto que no levantó ningún nuevo muro, si no es el de la explanada del templo.

De atenernos, pues, estrictamente a los datos bíblicos—excepción hecha del libro de Nehemías—pudiéramos y aun quizá debiéramos concluir que, según toda probabilidad, ni en la época preexílica ni en la postexílica la colina occidental fué ceñida de murallas. Y con todo, es un hecho que los muros primero y segundo existían, y sin duda ya de mucho antes, al tiempo de Josefo. Esta sola observación muestra ya de por sí que los autores sagrados pasaron en silencio, o al menos no mencionaron explícitamente una tan importante modificación de la ciudad, debido por ventura al mayor interés que debían de sentir por la colina del templo y de la Ciudad de David. De donde concluimos que el mero hecho de no decirse de un monarca que haya amurallado la colina occidental, no es en modo alguno razón suficiente para negar que lo haya hecho. Hay que acudir, pues, a otras consideraciones. La arqueología, como ya observamos, bien que de suma utilidad en otros puntos, en éste poca luz nos da. Conocemos por ella la dirección de los muros; pero no su fecha (1), por lo menos hablando en general. Lo que ha de inclinar, pues, hoy por hoy el fiel de la balanza son las conveniencias históricas. Por tanto hay que responder a esta pregunta: ¿Cuál fué la época que parece más favorable al desenvolvimiento de la ciudad hacia el Oeste? O en otros términos: ¿En qué tiempo hallamos condiciones más a propósito para que se ciñera con muros la colina occidental?

Ante todo dos palabras sobre el método en la discusión. El que algunos siguen, entre los cuales el Prof. Alt (2), no nos parece el más apropiado. Consiste en probar: 1.º, que al tiempo de Salomón—y mucho menos, de David—no exigió el aumento de población que la ciudad se extendiera a la colina occidental; y 2.º, que la excursión nocturna de Nehemías (Neh. 2,12-15) es susceptible de explicación satisfactoria en la hipótesis de que la *Porta vallis* se hallase no

(1) Baste recordar aquí que el muro del Ofel, al borde del Cedrón, tenido por unos como davidico—en parte al menos—, es colocado por otros arqueólogos de renombre en el tiempo de Nehemías o en la época helenística.

(2) *Das Tal der von Jerusalem*, en *PJB* 24 (1928) 74-98.

cerca de la actual puerta de Jafa, sino en el borde oriental del Tyropoeon. De estas dos consideraciones concluye Alt que al tiempo de Nehemías la ciudad se circunscribía aún a la colina oriental. En una palabra, la argumentación puede formularse así: En tanto no se pruebe positivamente que la ciudad se extendió a la colina occidental, hemos de suponer que se mantuvo reducida a la oriental.

Tal manera de argüir nos lleva en el caso presente a una conclusión absurda. Ningún texto ni en los libros de los *Reyes*, ni en *Paralipómenos*, ni en los de los *Macabeos*, habla con suficiente claridad de una prolongación del muro alrededor de la colina occidental. Hemos de suponer, pues, que aun al fin de la era macabea tal muro no existía.

Cuanto a la *Porta vallis*, es posible que el texto pueda explicarse igualmente bien en ambas hipótesis (no lo discutimos ahora). En tal caso lo procedente es no aducirlo en pro de la una ni de la otra. Los que sostienen la mayor extensión de la ciudad no podrán invocarlo en su favor; pero tampoco tienen derecho a servirse de él como de argumento los que defienden la tesis contraria.

Repetimos la pregunta: ¿En cuál época encontramos condiciones más favorables para la extensión de la ciudad?

A raíz del glorioso reinado de Salomón sobrevino la división del reino. Sólo dos tribus, Judá y Benjamín, se mantuvieron fieles a la dinastía davídica: Jerusalén se vió reducida a capital de un pequeño territorio, muy inferior a la de los monarcas precedentes. Cierto que al tiempo que el reino se había de tal manera empequeñecido, no había que pensar en agrandar la capital. Y ese estado de cosas continuó hasta el destierro. Los trabajos de defensa de Ezequías diríase que se hicieron con alguna precipitación. Su grande obra, el túnel de Siloe (1), se halla en el Ofel. Cuanto a Manasés, no parece que las vicisitudes y los disturbios de su reinado fueran muy a propósito para lanzarse a una empresa de tantos arrestos como era amurar la colina occidental.

Nehemías no hizo sino restaurar los antiguos muros, los que existían al tiempo de la monarquía.

(1) No han faltado quienes rehusaran atribuirlo a Ezequías; pero con razón dice WEILL: "Il devient évident, et d'ailleurs il est admis sans conteste par tout le monde (así debe ser actualmente), qu'Ezechias est l'auteur du grand tunnel-aqueduc..." (*La Cité de David*, p. 55.) Véase allí mismo su descripción; y también en *Jérusalem sous terre*, p. 18 ss., y otros escritos del P. VINCENT.

Del destierro sabemos que no volvieron por entero las tribus de Judá y Benjamín: muchos prefirieron quedarse en las regiones de Babilonia. No es, pues, de creer que en la época que siguió a la repatriación se sintiese la necesidad de extender la ciudad más allá de los antiguos límites.

Hubo un reflujo en el período de los Macabeos; pero, como ya vimos, los textos dan la impresión que su actividad parece haberse ejercido con preferencia en la colina del templo. Con ser tan rica en pormenores la historia de aquella época, ninguna mención explícita, ni siquiera alusión clara encontramos a muros levantados en torno a la colina occidental.

Por el contrario, de todo en todo diversa era la condición de Israel al tiempo de Salomón. Las doce tribus formaban un solo reino; y éste alcanzó precisamente entonces el máximum de su extensión. Añádase a esto que el monarca ejercía su influencia en numerosos reinos extranjeros, que le eran en cierto modo tributarios. De estos reinos debían afluir naturalmente grandes riquezas a la capital (1). Por lo demás el autor sagrado, para darnos alguna idea de la abundancia que allí reinaba, dice con frase gráfica que la plata y el oro corrían por las calles de Jerusalén (2). Es claro que en tales condiciones se acrecentaría notablemente la población de la capital. Ni hemos de olvidar que Salomón tuvo la pasión de construir (3); que fortificó varias ciudades aun muy lejanas del centro del reino (4).

(1) Cf. 3 Reg. 5,1-8; 9,26; 10.

(2) 3 Reg. 10,27. Aunque este v., que parece interrumpir el hilo de la narración, tuviera que considerarse como adición de algún escriba, demuestra en todo qué idea se tenía de las inmensas riquezas del gran monarca.

(3) 3 Reg. 3,1; 7,1 ss.

(4) 3 Reg. 9,17-19; 2 Par. 8,4-6. Por más que en vez de *tadmor* se lea *tamar*, como en Ez. 47,19; 48,28, y quede por tanto excluida Palmira, siempre resulta que la actividad de Salomón se extendió muy lejos de Jerusalén, ya que Tamar se coloca comúnmente al Sur del Mar Muerto, y no pocos la iden-

tifican con Kurnub, cf. DÖLLER, *Studien*, p. 165 ss.; SANDA, *Die Bücher der Könige*, I, 257 s. Que esa actividad se hizo sentir en el mismo Líbano es cierto (3 Reg. 9,19; 2 Par. 8,6), bien que tal vez no sea posible precisar cómo y en qué manera; si por la construcción de edificios, o la explotación de minas. Esto último parece indicar la adición de LXX en 3 Reg. 2,46. Cf. DÖLLER, l. c. p. 118;

SANDA, l. c. p. 258 s.

En vista de todo esto es ponerse en abierta oposición con el ambiente histórico el hablar de Salomón—cosa que hemos oído nosotros más de una vez—

Finalmente, los años del rey pacífico lo fueron verdaderamente de paz (1). No estuvo por tanto distraído en guerras, como su padre David, y pudo atender holgadamente a embellecer y fortificar con nuevas construcciones su reino.

Alguien sin duda se habrá ya preguntado: ¿No pudiera la arqueología darnos alguna mayor luz para llegar a una más firme solución del problema? Desgraciadamente en este punto concreto conocemos, sí, por ella la dirección de los muros, o mejor dicho, de algunos muros, pero no alcanzamos a precisar su fecha. Bliss (2), que en 1894-1897 hizo excavaciones en la colina occidental—que es la que ahora nos interesa—dió con restos de murallas en considerable extensión (3) y una puerta cerca de la piscina de Siloe (4) que nos permiten determinar con certeza su trazado. Pero cuanto a la fecha, explícitamente reconoce el mismo Bliss que la técnica de los muros—la manera de construcción, el modo de labrar los sillares—no son de suficiente ayuda para precisarla (5).

como de uno de aquellos reyezuelos cananeos del tiempo de Josué, o como del gran Seih de una tribu.

(1) 3 Reg. 5,4 s.

(2) *Excavations at Jerusalem 1894-1897*, by F. J. Bliss and A. C. Dickie, London, 1898.

(3) Pueden verse aún hoy en la Gobat's School y en el vecino terreno de los PP. Franciscanos.

(4) *Excavations*, 88, 327, 349.

(5) "These are the results of my investigations, and whatever light may be shed on the question, it does not, I am afraid, help us to define the date of a building by its dressing. On the contrary, it tends to encourage scepticism as to the possibility of fixing periods by any hard-and-fast rules of masonry alone" (l. c., p. 282). Cf. asimismo Q. St. 1894, 254 ("I have long felt that the question of ancient masonry rests on insufficient data"); 1895, 23. En *Excavations*, p. 313 ss., sirviéndose de ciertos elementos, trata de fijar la fecha de los varios muros y de las fortificaciones en la colina occidental, y hace remontar parte a Salomón y parte a sus sucesores. En p. 334-336 se da una breve recapitulación. En todo ello, como es natural, hay no poco de meramente hipotético.

"Historiquement nous touchons à la grande restauration de Néhémie; son récit nous suggère précisément qu'il releva les murs à la même place. Mais alors le troisième seuil nous amène à Salomon ou à David? L'imagination recule, mais enfin pourquoi pas? J'avoue cependant que j'ai une certaine difficulté à attribuer le mur à cette époque, Salomon s'étant servi, au moins pour le Temple, d'un très grand appareil". Estas palabras del R. P. Legrange (*RB* 1895, 91) reflejan por una parte la no improbabilidad de muy antiguos muros

De todos modos, si las circunstancias mencionadas del período salomónico se tienen presentes, y se cotejan con las que prevalecieron en los tiempos posteriores, parécenos difícil sustraernos a la conclusión que el rey grande y pacífico fué, y no otro, quien acometió la obra verdaderamente grande de ceñir con muros la extensa colina occidental. Claro está que en problema tan difícil no pretendemos reivindicar para nuestra conclusión un valor absoluto, como por lo demás suficientemente lo indica la forma misma en que la proponemos. Lo que afirmamos es que dicha conclusión en el estado actual de nuestros conocimientos tiene derecho a ser tenida como la mejor fundada. Si la arqueología, que por su misma índole juega en estos problemas papel muy importante, viniera a descubrir un día elementos nuevos, que nos obligaran a renunciar a la conclusión propuesta, tal descubrimiento en ningún modo modificaría el hecho de que esa conclusión es hoy por hoy la más probable.

Esta mayor probabilidad no se la quitan los reparos que en contra pueden ponerse, y que de hecho se ponen, los cuales vamos a examinar.

1) Que la ampliación realizada por Salomón por el Norte de la ciudad de David era bastante para satisfacer a las nuevas condiciones del reino (1).

A decir verdad, nos produce una cierta impresión de extrañeza el estar discutiendo si 200 metros (2)—el espacio entre la ciudad de David y las nuevas construcciones de Salomón—corresponden al incremento del reino. Tales cosas no cabe medirlas matemáticamente. Por poco crédito que se conceda a la S. Escritura, tendrá que convenirse en que la grandeza de la colina oriental, aun tomándola toda entera desde el extremo Sur hasta el Templo, no corresponde ni con mucho al cuadro que el hagiógrafo traza de la extensión, de la esplendidez y magnificencia del reino de Salomón. Y en caso de extenderse la ciudad, el sitio más a propósito parece que era la colina occidental. Esta, pues, sería ocupada (3). Y si así fué, apenas cabe

en la colina occidental, y por otra la grande reserva con que, dada la incertidumbre de los varios elementos, conviene hablar, para no exponerse a que la conclusión vaya más allá de las premisas. Cf. *ibid.*, p. 624.

(1) ALT, *PJB* 1928, 84.

(2) *Ibid.* Nótese que ese cálculo es muy problemático, pues no se sabe con certeza cuál era el límite septentrional de la Ciudad de David. Cf. DALMAN, *PJB* 1915, 63.

(3) Si es que no lo estaba ya, como no pocos piensan, y es muy probable. Cf. "El valle de Benhinnom", p. 54 ss.

dudar que el monarca la circundó de muros. Quien tomó a pechos la fortificación de otras ciudades (1) no descuidaría a punto fijo la capital.

2) La falta de cerámica antigua en la colina occidental, mientras que se halló, y muy abundante, en la oriental (2).

Efectivamente en las excavaciones de 1894-1897 hechas por Bliss y Dickie (3) en la colina occidental, poquísima cerámica se encontró, aun en la época judía (4).

Por de pronto adviértase que este argumento tiende a excluir no sólo la existencia de los muros, sino aun el hecho de que dicha colina estuviera simplemente habitada en época relativamente antigua. Además, Bliss y Dickie afirman que encontraron todo el terreno removido, y que la cerámica estaba hecha trizas (5). Ni se ha de olvidar que la excavación no fué por ventura tan completa y metódica como fuera de desear (6). Finalmente, recuérdese que, en las excavaciones de 1927 (7), en el borde occidental del Ofel poquísima cerámica se encontró de la época del Bronce; y en particular del segundo Bronce (2000-1600), nada absolutamente. Tal resultado sorprendió no poco a los que dirigían las excavaciones, quienes parece tenían derecho a esperar que hallarían en aquel sitio abundante cerámica de dicha época (8).

(1) 3 Reg. 9,17-19.

(2) Cf. PEF, *Annual* 4 (1926) 177 s. (MACALISTER-GARROW DUNCAN, *Excavations on the Hill of Ophel*).

(3) *Excavations at Jerusalem*, 1898.

(4) Cf., *ibid.*, p. 261-265.

(5) *Ibid.*, p. 260 s.

(6) Cf. DALMAN, *Jerusalem*, p. 85; PROCKSCH, *PJB* 26 (1930) 18; VINCENT, *RB* 1932, 484.

(7) PEF *Annual* 5 (1929) 65 s. (CROWFOOT y FITZGERALD, *Excavations in the Tyropoeon Valley*).

(8) "It may seem strange that earlier periods were represented only by three ledge-handles (Rooms 40 and 42) and by a few hand-made fragments, mainly from the eastern part of this level, which may go back to the Early Bronze Age. We should have expected some traces of the occupation of the city in the Jebusite period, but not a single sherd was found of the wares characteristic of the 2nd millennium. Possibly, considerations of defence made it necessary to avoid an accumulation of debris at the foot of the city wall; moreover, our excavated area, lying in the axis of a gateway, would naturally be kept clear" (*Ibid.*, p. 65).

"The extraordinary rarity of the Bronze age wares has already been noted; it is all the more surprising as the Middle Bronze Age (of which we have found no vestige) is well represented in the neighbouring hill of Ophel" (*Ibid.*, p. 66).

“Con tres muros estaba fortificada la ciudad de Jerusalén donde no la rodeaban profundos valles, pues en estos otros sitios no tenía sino un solo muro... De los tres muros el más antiguo era inexpugnable, por causa tanto de los valles como de la altura de la colina, sobre la que estaba fabricado. Además de la ventaja del lugar mismo, había sido construído sólidamente, siendo así que David, Salomón y los otros monarcas habían mostrado grande interés por esta obra. Arrancando, por el lado Norte, de la torre llamada Híppicos, y extendiéndose hasta el Xystos, iba a juntarse luego a la sala del Consejo, y terminaba en el pórtico occidental del templo. Del otro lado, hacia el Occidente, arrancando del mismo sitio, se extendía a través (1) del lugar llamado Betso hasta la puerta de los Esenios; y luego, del lado Sur torcía sobre (2) la piscina de Siloe; y desde allí, de nuevo inclinándose, del lado oriental (3), hacia la piscina de Salomón, llegaba a un cierto lugar denominado Oflas, y se juntaba al pórtico oriental del templo.

El segundo muro arrancaba de la puerta que llaman Gennat, perteneciente al primer muro: abarcando únicamente la región septentrional se extendía hasta la Antonia.

El tercero tenía su principio en la torre Híppicos, de donde se extendía hacia la región septentrional hasta la torre de Psefinos; continuaba luego frente al monumento de Elena, reina de Adiabene, hija del rey Izates; y prolongándose por (4) las cavernas reales se incli-

(1) O. bien *por*, *δια*.

(2) Acerca de las varias maneras como puede traducirse y de hecho se traduce *υπερ* (*por*, *del lado superior*, *más allá de*) cf. más adelante, p. 35. Nosotros damos de propósito una versión algo vaga.

(3) BLISS (*Excavations*, p. 303) vierte: “*hacia el Este*” (“*towards the east at Salomon's Pool*”). Tal versión nos parece incorrecta. Es cierto que el *προς νοτον*, que inmediatamente precede, ha de traducirse “*del lado Sur*”, y así lo hace el mismo Bliss (“*it went facing the south*”); es, pues, natural que de igual manera se vierta *προς ανατολην*. El texto, por tanto, no dice que “*en la piscina de Salomón el muro fuese hacia el Este*”, sino que “*del lado Este el muro tuerce hacia la piscina de Salomón*”. Los Prof. Sukenik y Mayer en *The Third Wall of Jerusalem*, p. 52 s. vierten *προς νοτον* *southward* y *προς ανατολην* *towards the east*. En ambos casos se indica, a nuestro juicio, no *hacia dónde* se dirigía el muro, sino *de qué lado* corría.

(4) La versión de la partícula *δια* por *a través de*, *a lo largo de* prejuzga en algún modo la cuestión sobre el trazado del tercer muro; por eso damos una versión de índole más general. Véase más adelante, p. 38 s.

ciones rabínicas. Sabido es cómo los doctores de Israel, para prevenir el peligro, aun lejano, de violar una ley, multiplicaban las prescripciones y bajaban a particularidades, rayanas a veces en el ridículo, que no estaban ciertamente en la mente del legislador (1). Así, cuanto a los sepulcros, se dice que “dentro del recinto de Jerusalén está prohibido conservar un cementerio”. Había empero ciertas atenuaciones. En caso de levantarse o dilatarse una ciudad, podía tolerarse que se quedaran en medio de la misma uno o varios sepulcros, con tal que entre éstos y las casas mediara una cierta distancia. Esto, como se ve, permitía poseer un sepulcro en el propio jardín, dado que éste tuviera la extensión conveniente. Además, los sepulcros podían vaciarse de su contenido; y en tal caso claro está que perderían su cualidad de impuros, y por consiguiente junto a los mismos y aun sobre los mismos podría sin duda fabricarse. A este propósito es interesante un texto del Talmud: “Un sepulcro que la ciudad ha rodeado, sea por los cuatro lados, o por tres, o por dos, frente a frente, si hay más de 50 picos de distancia por todos lados, no se debe vaciar. Si la distancia es menor, hay que vaciarlo” (2).

Que de hecho hubiera sepulcros fuera de las ciudades es indudable, y con razón se citan Gen. 23,17; 4 Reg. 13,21; Lc. 7,12; Joh. 11,31. Es de advertir, empero, que además de éstos y de cementerios comunes (3), que es natural se hallaran en las afueras de la ciudad, existían también sepulcros particulares (4), los cuales podían muy bien estar en los jardines, a cierta distancia de las habitaciones.

Conforme a lo que llevamos dicho cabe dar al reparo sacado de los sepulcros en el terreno de los PP. Asuncionistas, varias solucio-

diones particulares del desierto, cuando los israelitas habitaban en campamentos. Es claro que los sepulcros no se hallaban dentro de las tiendas. Aplicar esto a las ciudades es sacar la ley de sus quicios. En la casa misma no se enterraban sin duda los muertos; pero podrían enterrarse cerca de la casa, por ejemplo, en un jardín, donde ninguna dificultad había en evitar el peligro de contaminación, aislando en alguna manera el sepulcro. Que en realidad fué así—excepción hecha de los reyes en la ciudad de David—difícilmente puede probarse de una manera perentoria: los pasajes (Jud. 8,32; 1 Sam. 25,1, cf. 28,3; Neh. 2,3) aducidos por Kortleitner, *Archaeologia Biblica* (1917), p. 688, no son bastante claros; pero tampoco cabe demostrar lo contrario.

(1) Basta recordar las invectivas de Jesús contra los fariseos.

(2) Tomado de WEILL, l. c., p. 39 (*Tosefta*, deuxième partie, chap. I, § XI; éd. Zuckermann, p. 399).

(3) Cf. 4 Reg. 23,6; Jer. 26,23 “sepulcros de los hijos del pueblo”.

(4) Cf. Jud. 8,32; 2 Sam. 2,32; 1 Mach. 2,70.

nes: Bien pudo ser que al tiempo de los Asmoneos no estuviera aún en vigor la ley que leemos en el Talmud; o siendo la colina espaciosa, las habitaciones se mantuvieron a cierta distancia; o finalmente, los sepulcros se vaciaron del contenido, bien que tal vez más adelante sirvieron de nuevo a su objeto primitivo. De todos modos, la presencia de tales sepulcros no fué obstáculo para que más tarde se cubriese aquel sitio de habitaciones.

Por lo que hace al *segundo muro*, ningún dato nos suministran las fuentes literarias, que nos permitan precisar con certeza su autor. El texto que mejor parece adaptarse a dicha conclusión es 2 Par. 32,5, donde se dice de Ezequías que levantó un muro por la *parte de fuera*. Pero, como más arriba (p. 16) dijimos, la frase puede interpretarse de un nuevo muro, que sirviera para reforzar los ya existentes. De todos modos no es improbable que en realidad se refiera al segundo muro de Josefo. Ni de los monarcas que siguieron a Ezequías, ni de los príncipes asmoneos, nos ofrece la literatura hebrea seguro indicio de que hayan sido los constructores de dicho muro.

El *tercer muro* nos consta por el testimonio—en este punto irrecusable—de Josefo (1) que lo construyó el rey Agrippa I por los años de 41-44 p. C. De su autor, pues, no cabe duda alguna; no pocas empero se ofrecen sobre su dirección, como luego veremos.

* * *

Cuanto a las teorías sobre el desenvolvimiento de los muros de Jerusalén, huelga decir que son muchas y muy distintas entre sí. No haremos sino indicar las principales.

Empezaremos por la del R. P. J. Germer-Durand (2), que es muy completa, y difiere radicalmente de la que hemos propuesto.

David restauró los muros de la fortaleza jebusea—distinta de la ciudad (baja), que estaba más al Sur—y construyó en ella su palacio.

(1) *BJV* 4,2.

(2) *Topographie de l'Ancienne Jérusalem des origines à Titus*, avec 7 plans par le R. P. J. GERMER-DURAND, des Augustins de l'Assomption. El trabajo fué publicado por primera vez en *Echos d'Orient*, 6 (1903) 5 ss. Esta teoría la había sostenido ya en 1881 Robertson Smith en *Encyclopaedia Britannica*⁹ 13,649; citado en *PJB* 1930, 16.

Cuanto al hecho de que la ciudad amurallada se quedó durante todo el período preexílico en la colina oriental lo admiten actualmente Alt, *PJB* 24 (1928) 74-98; Hempel, *ZATW*, 1928,62; Stummer, *Das Heilige Land*, 1928,29; Albright, *Archaeology*, p. 52. Cf. otros en *PJB* 1930,18.

Salomón amplió la ciudad por el lado septentrional, y como murallas toda la colina, de suerte que aquéllas comprendían la parte nueva con el templo, la fortaleza y la ciudad baja. Sus trabajos se restringieron a la colina oriental.

A ésta continuó limitada la ciudad durante la monarquía y el período de Nehemías hasta los Asmoneos.

Estos levantaron una fortaleza, llamada Betsura, en la colina occidental, donde estuvo más tarde el palacio de Herodes. Poco a poco fué formándose allí una ciudad, que luego los mismos Asmoneos unieron por un puente a la antigua ciudad de la colina oriental. De suerte que el desenvolvimiento de Jerusalén no se hizo extendiéndose la población del Ofel al Tyropoeon, y escalando luego la colina occidental; sino que el núcleo formado en la cima de ésta fué bajando poco a poco hasta el Tyropoeon, yendo a unirse con la ciudad del Ofel. Así quedaron las cosas durante el período macabeo.

La grande transformación la realizó Herodes el Grande. Él fué quien construyó el muro, que Josefo llama el primero, en torno a la grande colina occidental; y también el muro segundo, que corría al Norte del primero.

Diametralmente opuesta a la anterior es la teoría de Dalman (1). Al tiempo de David, y antes ya en tiempos de los cananeos, existían la fortaleza de Sión en la colina oriental, y Jerusalén—la ciudad propiamente dicha—en la occidental (p. 82). Cada uno de los dos sitios tenían sus murallas propias: Salomón con la construcción de otro gran muro los juntó. Este trabajo se halla indicado en 3 Reg. 3,1; 9,15 (p. 85).

La misma teoría sostiene Guthe (2). Poco difiere la de Procksch (3). Según él hubo desde el tiempo de David, o ya en la época ca-

(1) *Jerusalem*. Aquí (p. 136 s.) refuta la teoría de Alt (l. c.) y, por consiguiente, asimismo la del P. Germer-Durand. Lo mismo había propuesto ya Dalman mucho antes en *PJB* II (1915) 79-83. Véase el diseño p. 38.

(2) *ZDPV* 6 (1882) 293 "Salomo... baute die Mauer Jerusalems, d. h. der eigentlichen Stadt, die wir nur auf der westlichen Höhe suchen können, gegenüber der Davidstadt auf der östlichen Höhe". Más ampliamente en *PRE* 8 (1900) 676 ss. Ya en tiempo de los jebuseos, además de la fortaleza de Sión en la colina oriental, existía la Jerusalén propiamente dicha, la "Ursalimmu" de las cartas de el-Amarna, en la occidental (p. 676, l. 11). Salomón envolvió los dos sitios en un muro, que es el llamado primer muro de Josefo (p. 678, l. 42). El muro segundo lo atribuye a Ezequías (p. 679, l. 40).

(3) *Das Jerusalem Jesaias*, en *PJB* 26 (1930) 12-29, en particular 17-24.

nanãa, la fortaleza de Sión en la colina oriental, y Jerusalén propiamente dicha en la occidental, ambas con sus propias murallas (p. 18,23) (1). Salomón construyó como una nueva ciudad en la parte Norte de la colina oriental, y circundó de un muro la occidental (p. 21). Al tiempo de Isaías el nombre *Jerusalén* comprendía ambas colinas; el nombre *Sión*, únicamente la oriental; ésta empero se dividía en dos partes: el monte del templo, y la colina propiamente dicha de Sión al Sur. Jerusalén era por tanto una especie de Tripolis (p. 21 s.). Quizá el mismo Salomón fué quien unió las dos colinas oriental y occidental (p. 24). El valle del Tyropoeon quedó libre hasta la época macabea (p. 18). La "piscina entre los dos muros" (Is. 22,11) se hallaba en dicho valle, y los muros eran el occidente del Ofel, y el oriental de la colina occidental (p. 23).

Macalister (2) sostiene en sustancia la misma teoría, pero con ciertas particularidades propias. Salomón encerró las nuevas construcciones dentro de un muro, que las separaba de la antigua Ciudad de David, y también de la nueva ciudad, que iba formándose en la colina occidental a través del Tyropoeon (p. 347. 349). David no había sino restaurado los muros de la Ciudad de David; pero Salomón construyó la muralla de Jerusalén todo alrededor (p. 349). Con todo, esta muralla no encerraba el Tyropoeon; es decir, que partiendo del extremo Noroeste de la Ciudad de David cruzaba el Tyropoeon en la parte superior, y luego, costeándolo por el lado occidental, iba a dar la vuelta por el Sur del actual Sión (p. 350). Ezequías unió por un muro los extremos meridionales de las dos murallas de la colina oriental y occidental respectivamente, cerrando de esta suerte el Tyropoeon, que vino a ser el lugar "entre dos muros" mencionado en 4 Reg. 25,4; Is. 22,11; Jer. 39,4 (p. 351). Finalmente Manasés construyó el llamado segundo muro (p. 351).

Evidentemente no a todos los elementos en estas varias teorías ha de concederse el mismo grado de probabilidad; ni tal fué sin duda la intención de sus autores. No examinaremos cada uno en par-

(1) Computando el número de israelitas que acompañaron y se quedaron con David, y los jebuseos que, en parte al menos, seguirían viviendo en la colina oriental, prueba Procksch que ésta no era suficiente para dicha población aun en tiempo de David. Cree que parte de los jebuseos se trasladó a la occidental (p. 19 s.).

(2) *The Cambridge Ancient History* 3 (1925) 343-353. Véase el diseño p. 337; *A Century of excavation in Palestine*, p. 108.

ticular: lo que arriba dijimos indica suficientemente el juicio que, si no todos, la mayor parte de ellos nos merecen. Nos contentaremos con aquilatar algunos de los argumentos aducidos en favor de la teoría, que nosotros tenemos por menos probable.

Por de pronto, de los argumentos de Alt cabe decir que son de índole meramente negativa: No se prueba ni por datos literarios, tales como los textos bíblicos, ni por excavaciones, la existencia de murallas en torno a la colina occidental en la época preexílica; luego tal existencia no debe admitirse. Ya observamos (p. 22 s.) que juicio hay que formar de tal género de argumentación en nuestro caso particular.

Cuanto al P. Germer-Durand, su principal argumento para negar que Salomón haya construído el muro de la colina occidental es la imposibilidad de admitir una ciudad fortificada de este género en aquellos remotos tiempos (1); y el R. P. Leopoldo Dressaire añade que Salomón tuvo bastante que hacer con edificar sus propios palacios y el Templo (2). Dicho muro, como también el llamado segundo muro, son atribuídos, como ya dijimos, a Herodes el Grande (3). En favor de esta atribución nosotros no acértamos a hallar otro argumento sino la aserción misma, y además que Herodes fué amante de construir (4).

(1) "Serait-il possible d' admettre l'existence dans ce pays, à une époque d'une ville forte placée à cheval sur une vallée? La défense eût impossible" (*Topographie*, p. 5).

(2) "Il nous semble que, malgré ses richesses, le grand monarque eût assez faire en construisant ses propres palais et le magnifique Temple de Jéhovah et en bâtissant au sud-ouest et à l'est de celui-ci, un important quartier sur la coline orientale" (*Jérusalem à travers les siècles*, Paris, 1931, p. 158).

(3) Cf. más arriba, p. 31.

(4) "Pour arrêter le tracé de l'enceinte de Jérusalem au temps d' Hérode le Grand, nous n'avons qu'à suivre les indications de Josèphe sans nous arrêter aux attributions qu'il fait de tel ou tel mur aux anciens rois de Judá" (*Topographie*, p. 11). "Sous Hérode le Grand, prince éminemment bâtisseur, Jérusalem prit une extension considérable" (*Jérusalem*, p. 168). El R. P. DRÉSSAIRE hace remontar el "primer muro" de Josefó al tiempo de los Macabeos, y en particular, de Juan Hyrcano o Alejandro Jannée. "Les princes asmonéens, sans doute Jean Hyrcan ou Alexandre Jannée, construisirent leur palais, dont Josèphe fait une simple mention en passant dans la Guerre des Juifs (*BJ* II 16,3), à l'est de l'endroit où devait plus tard s'élever le palais d'Hérode le Grand et du Tyropoeon. Alors dut être élevé (c'est une supposition raisonnée) le rempart situé au nord du plateau de la colline dite de Sion, rempart que appelle "le premier mur" et dont il attribue la construction aux premiers de Juda". (*Ibid.*).

Nos permitiremos unas pocas observaciones. La dificultad o facilidad en concebir la existencia de ciertas construcciones en una época determinada depende naturalmente del concepto que por otros lados se haya formado de dicha época: la discusión por consiguiente debiera colocarse en un plano más amplio, y tomar un carácter más general: lo cual parécenos sería aquí fuera de propósito. Diremos únicamente que, después de lo que las excavaciones nos han revelado, y siguen revelando de las pasadas edades (1), es por lo menos aventurado declarar la imposibilidad de tal o tal obra sólo porque se trata de tiempos antiguos. Por lo demás, son numerosos los autores que no alcanzan a ver tal imposibilidad, ni siquiera improbabilidad.

La construcción del Templo y de los palacios nadie negará que fuera una grande empresa; sin embargo le quedó tiempo a Salomón, y fuerzas y dinero para fortificar Hasor, y Megiddo, y Gezer, y Beoron y otras muchas ciudades (2). ¿Quién va a maravillarse, en vista de esto, de que haya levantado un grande muro en su propia capital?

Finalmente, si Herodes construyó el muro, que se dice ser obra sobrado grandiosa para Salomón, ¿cómo es posible que Josefo, casi contemporáneo de aquel monarca, y que tan largamente, y con cierta complacencia habla de sus construcciones (3); no sólo del templo y de su gran palacio, sino del teatro, y del hipódromo, etc., cómo es posible, decimos, que ni una sola palabra haya dicho de la construcción del muro llevada al cabo por dicho príncipe? Por mucho que se exagere la ligereza de Josefo—y a las veces se exagera más de lo justo—imposible concebir que un muro construído recientemente por el gran monarca Herodes, y cuyo origen todo el mundo debía conocer, fuera atribuído por el historiador judío a Salomón. No pretendemos afirmar que su aserto se apoyase en razones objetivas—nosotros ni siquiera hemos invocado su testimonio como argumento—; lo que decimos es que, de haber sido construído el muro por Herodes, su afirmación explícita y categórica resulta una verdadera imposibilidad moral.

Dirección de los muros.—Seremos breves por lo que se refiere al

(1) Espontáneamente se presentan a la memoria los recientes descubrimientos hechos en Jericó, Tell en-Nasbeh, Beit Mirsin, Teleilat Ghassul, etc., etc.

(2) Cf. 3 Reg. 9,15-19.

(3) Ant. XV 9,3; *BJ* I 21,1; V 4,3-4.

primero (1), extendiéndonos algo más en el trazado de los muros segundo y tercero.

Es punto hasta nuestros mismos días controvertido si el primer muro de Josefo en su extremo Sudeste comprendía a no la piscina de Siloe. El pasaje que parece debiera ser decisivo en favor de una u otra hipótesis es el del mismo Josefo, BJ V 4,2, donde se da una descripción minuciosa del curso que sigue la muralla. Desgraciadamente no es así. Las palabras que hacen más al caso *καίτοιτα προς νοτον υπέρ την Σιλωαν επιστρεφον πηγην* son susceptibles de tres distintas interpretaciones: Desde la puerta de los Esenios el muro, corriendo del lado Sur (no, *hacia* el Sur, pues su dirección era más bien hacia el Este) daba vuelta, 1), *por* la fuente de Siloe; 2) o bien, *por encima*, es decir, por el lado superior de...; 3) o finalmente, *ab otro lado* de... De estas varias maneras cabe traducir la partícula *υπερ*. En 1) y 3) nada se dice sobre si el muro pasaba a la derecha o a la izquierda de la piscina; en 2) empero corría por el lado izquierdo, o sea, occidental, que es el más alto, dejando por consiguiente la piscina fuera de los muros. Que ésta sea la verdadera interpretación creemos poderlo deducir con cierta probabilidad de la frase que inmediatamente sigue: *ενθεν τε παλιν εκκλινον προς ανατολην επι της Σολομωνος κολιμβηθραν*.

Ignoramos dónde estaba la piscina de Salomón (2); pero de todos modos es cierto que desde Siloe el muro se inclinaba e iba a subir, sin duda, por el borde Este de la colina oriental, puesto que se añade luego que, pasando por el sitio llamado Ofas, llegaba al pórtico oriental del templo. Ahora bien, si el muro pasaba por la derecha de la piscina de Siloe dejándola encerrada dentro de la ciudad, ninguna necesidad había de una desviación, ya que dicho muro seguía sencillamente la línea recta (3). Concluimos, pues, que el texto de Josefo, tomado en su integridad, parece demostrar que la piscina de Siloe caía fuera del primer muro.

Esta conclusión se confirma con otro pasaje del mismo Josefo,

(1) Para una descripción particularizada del mismo remitimos a los muchos trabajos que sobre esta materia se han publicado: véase, p. ej., P. Séjourné, RB 1895, 37-47.

(2) Hay quien la identifica—creemos que con poca probabilidad—con la fuente de Gihón, o sea, la llamada fuente de la Virgen. Sería más bien una piscina excavada en el fondo del Cedrón.

(3) Y eso, tanto si se vierte *προς ανατολην* por “hacia el Este”, como—y ésta es, a nuestro juicio, la verdadera traducción—por “del lado Este”.

BJ V 9,4, donde hablando a sus compatriotas dice que Siloe ($\Sigma\iota\lambda\omega\alpha\nu$) estaba fuera de la ciudad, y que Tito podía aprovecharse de sus aguas, que corrían abundantes. Evidentemente el testimonio de Josefo en este punto es irrecusable (1).

Con esto, dicho se está que el muro encontrado por Bliss (2), por lo menos en el trecho próximo a la piscina de Siloe, no es el primer muro de Josefo, sino otro posterior, muy probablemente el de Eudocia (3).

El trazado del muro entre la torre Híppicos y la piscina de Siloe no ofrece grandes dificultades. Verdad es que no cabe identificar con certidumbre los dos sitios intermedios mencionados por Josefo, o sea, la región de Betso y la puerta de los Esenios; pero la dirección natural, sugerida por la topografía misma, parece ser el borde de la colina; prácticamente, al menos en la mayor parte del trayecto, la misma que sigue el muro descubierto por Bliss.

(1) El R. P. LAGRANGE (*RB* 1895, 624) dice que "dans l'endroit cité, il s'agirait tout au plus de la fontaine de Siloé, fontaine de la Vierge actuelle, non de la piscine de Siloé". Tal interpretación nos parece aquí inadmisibile. En el mismo libro V, cap. 4, habla Josefo, según vimos, de la fuente de Siloe ($\Sigma\iota\lambda\omega\alpha\nu$ $\pi\eta\gamma\gamma\eta\nu$), que es ciertamente la piscina; ¿con qué derecho, cuando en cap 9 habla simplemente de Siloe ($\Sigma\iota\lambda\omega\alpha\nu$), se interpreta este nombre en sentido diverso, es decir, de la fuente actual de la Virgen y no de la piscina? En favor de tal sentido con preferencia al otro ningún indicio se descubre en el cap. 9. Que en otros pasajes Josefo diga lo contrario no nos lanzamos a negarlo a priori; pero confesamos no conocerlos. Los que cita Robinson (*Palästina* 2, 101), a saber, BJ VI 7,2; 8,5, para probar que el muro encerraba la piscina de Siloe y la fuente misma, en realidad nada prueban. Warren, citado por el mismo P. Lagrange (l. c.) interpreta el texto de Josefo BJ V 9,4 en el sentido de que la piscina de Siloe quedaba fuera de los muros.

(2) *Excavations*, p. 88 ss.

(3) Sabemos que el muro levantado por la emperatriz abarcaba la piscina de Siloe, que quedaba, por tanto, dentro de la ciudad. "Nam modo et ipse fons Siloæ infra civitatem inclusa est, quia Eudoxia Augusta... addidit muros in civitate Hierusalem" (Antonino Mártir, o mejor, Anonymus Placentinus, en GEYER, *Itinera Hierosolymitana*, p. 207 [§ 25]).

Y como ese trozo junto a la piscina es parte integrante del muro que corre entre dicha piscina y la Gobat's School, parece que también éste se ha de atribuir a Eudocia. Pero bien puede ser, y aun es muy probable que ese mismo trazado era el de muros anteriores, p. ej., al tiempo de Nehemías, y por tanto ya en el período preexílico. Justamente observa el P. Lagrange: "Mais pourquoi n'aurait elle (Eudocia) pas repris d'anciennes limites qu'on avait dû abandonner dans la restauration romaine d'Ælia Capitolina?" (*RB* 1895, 624). Cf. *ibid.*, p. 445.

No muy distinta debió de ser la dirección del muro de Salomón, si es que este monarca, como creemos muy probable, cifió de murallas la colina occidental.

Finalmente, por lo que se refiere al lado Norte, entre Hípicos y el pórtico occidental del templo pasando por el Xysto, las indicaciones de Josefo son claras y bien definidas.

La discusión sobre el trazado del *segundo muro* véase más adelante (p. 44 ss.) en el cap. "Autenticidad del Sto. Sepulcro".

El *tercer muro* lo empezó Agripa I (40-44 p. C.), pero no lo completó. Hicieronlo los judíos cuando la grande sublevación que terminó con la destrucción de Jerusalén por Tito. Es bien conocido, pues, el autor del muro y la fecha del mismo, como también otros muchos pormenores transmitidos por Josefo; pero de tiempo se venía discutiendo el trazado. Se avivó la controversia con ocasión de las excavaciones indicadas por los Prof. Sukenik y Mayer en 1925, y que terminaron en 1927. Unos (1) hacen coincidir dicho muro con el actual muro septentrional; los más (2) sostienen que corría bastante más al Norte. Esta segunda opinión la había defendido ya Robinson (3) y algunos otros, v. gr., Merrill (4), P. Germer-Durand (5); este último empero dando a la muralla menor extensión.

Los elementos que han de intervenir en la solución del problema son: Textos de Josefo; datos arqueológicos; conveniencias históricas.

Naturalmente el principal pasaje de Josefo se halla en BJ V 4,2, donde se describe con bastantes pormenores el trazado del tercer muro (6).

(1) P. VINCENT, *RB* 1927, 516-548; 1928, 80-100. 321-329. Con esta serie de artículos confirmaba una opinión emitida ya mucho antes; *RB* 1908, 182-204. 367-381. Aquí, particularmente en p. 190-204, se encontrarán los textos de Josefo, que dicen más o menos relación al tercer muro. Cf. asimismo *RB* 1913, 88-96.

(2) P. MALLON, *Biblica* 1925, 359 s.; 1927, 123-128; HANAUER, *Q St.* 1925, 175 s.; GARROW DUNCAN, *Q St.* 1925, 176-182; DALMAN, *Jerusalem*, p. 94-100, cf. p. 96; GALLING, *ZDPV* 1931, 81-83; ALBRIGHT, *The Archaeology of Pál.*, p. 188; SUKENIK and MAYER, *The Third Wall of Jerusalem*, Jerusalem, 1930.

Es la publicación oficial de los que dirigieron las excavaciones.

(3) *Palästina* 2, 107 ss.; cf. p. 190.

(4) *Q St.* 1903, 158 s.

(5) *Topographie de l'Ancienne Jérusalem*, p. 13. Otros autores pueden verse en *RB* 1908, 185 nota.

(6) Véase más arriba, p. 10 ss.

La frase que más nos interesa es *και δια των σπηλαιων βασιλικων* (1). En esta expresión, si se mira el contexto, parecemos descubrirse un indicio en pro de la dirección más septentrional. Lo proponemos no sin cierta reserva. Dice Josefo que el muro “continuaba frente al monumento de Elena..., y se prolongaba por las cavernas...” (2). Tal manera de expresarse parece indicar que el muro se hallaba *primero* frente al monumento, y *luego* pasaba por las cavernas, y que entre los dos puntos mediaba una cierta distancia. Ahora bien, teniendo en cuenta la posición del monumento respecto a las cavernas (3), tal manera de hablar difícilmente se explica en la hipótesis de seguir el muro de Agrippa la misma dirección del actual. Este, en efecto, va de Oeste a Este subiendo un tanto hacia el Norte, y pasa frente al monumento de Elena no antes sino *al mismo tiempo* que corre a lo largo de las cavernas reales. Y si alguien pretendiese que el tenor del texto de Josefo no se opone a esta simultaneidad, diremos que se cae entonces en otro inconveniente; y es, que no aparece por qué, siendo las cavernas reales bien conocidas, Josefo, para precisar el curso de la muralla, siente la necesidad de servirse de un objeto, que se hallaba casi a 800 m. de distancia, cual era el monumento de Elena. Por el contrario, se entiende perfectamente la mención de éste, si el muro desde un punto cercano a dicho monumento, bajaba luego en dirección Sudeste, que es precisamente la que debía tomar para ir a juntarse con el antiguo cerco de la ciudad. En tal caso pasaba por (cerca de) las cavernas reales, después de haberse hallado frente al monumento de Elena.

Esta explicación tiene además, a nuestro juicio, otra ventaja, y es, que en ella se da a la partícula *δια* la fuerza que en realidad le conviene. Esta preposición ha recibido varias interpretaciones. Unos la vierten por *a través de*, y en este caso es evidente que el tercer muro seguía la dirección del actual, que corre precisamente por la cresta bajo la cual se hallan dichas cavernas. Otros traducen *a lo largo de*, y con esta versión no ven dificultad en hacer pasar el muro a cierta distancia—aquí serían unos 400 metros—de la misma.

(1) Damos por supuesto que las cavernas reales de Josefo son las conocidas actualmente con este nombre, entre la puerta de Damasco y la de Herodes, casi frente a la llamada gruta de Jeremías.

(2) *Επειτα καθηκον αντικρυ των Ελενης μνημειων... και δια των σπηλαιων βασιλικων μηχανομενον...*

(3) Se halla precisamente al Norte, con ligera inclinación hacia el Oeste.